

## *La Virgen de Consolación.*

### I

Allí, coronando  
la cumbre del cerro,  
de murallas cercada y de torres  
que deshace la huella del tiempo,  
deja ver la vetusta almedina  
la alta torre de gótico templo  
y á su lado, humildes,  
las techumbres de viejo convento,  
y torres fornidas,  
y muros deshechos  
de un antiguo castillo que supo  
abatir á dos Reyes el cetro. (6)  
Ancha torre, que al cauce profundo

del Marbella se asoma con miedo,  
 por un viejo arco,  
 al cerrado recinto da acceso,  
 y bajo la bóveda,  
 del muro en un hueco,  
 de la Virgen se ve con su hijo  
 una imagen pintada en un lienzo.  
 El nombre dulcísimo  
 á la Virgen le dan del Consuelo,  
 pero, nadie sabe  
 quién allí la ha puesto,  
 ni quién fué el artista  
 que á su rostro bello  
 animó de la gracia y ternura  
 con que mira piadosa á su pueblo.  
 ¿Queréis que os relate  
 con sencillos y fáciles versos  
 de la santa Virgen  
 la leyenda, que guarda el misterio?  
 Pues bien, escuchadme,  
 que ya bullir siento  
 en mi mente, de tiempos pasados,  
 mil confusos y vagos recuerdos,  
 y evocada por santos conjuros,  
 que inspiraron al bardo sus sueños,  
 una vaga sombra  
 á mi oído se acerca en silencio  
 y en voz baja, que yo solo escucho,  
 me refiere la historia que ós cuento.

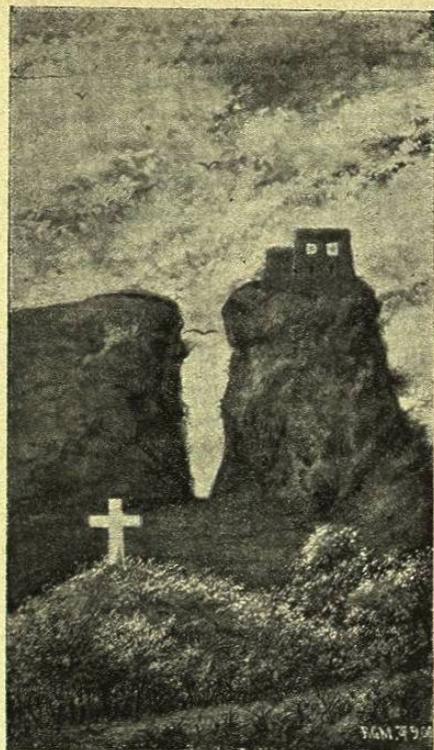
## II

Del mahometano alcaide de Baena  
 en el harem, que los eunucos guardan,  
 se agitan bulliciosas  
 y alegres las esclavas.  
 De un baño de alabastro,  
 como Venus saliendo de las aguas,  
 una hermosa doncella  
 ruborosa y desnuda se levanta.  
 Sobre su cuerpo vierten  
 perfumes de la Arabia;  
 con cendales de lino  
 cubren sus carnes, como nieve blancas,  
 y con joyantes sedas,  
 de bordados en oro recamadas,  
 la visten cuidadosas  
 á la morisca usanza.  
 Dobles collares de irisadas perlas  
 ciñen á su garganta;  
 al desnudo tobillo  
 aros ajustan de luciente plata,  
 y al brazo, aureas ajorcas  
 de rica filigrana.  
 Es una nazarena  
 á sus padres robada

que cual rico presente  
al harem se destina del Monarca.  
La luz del nuevo día  
la encontrará camino de Granada,  
porque el baenés caudillo  
gran recompensa de su Rey aguarda.  
Triste está la doncella,  
amargo llanto empaña  
los cristales purísimos  
de sus ojos de garza,  
que entre rubor y espanto verá pronto  
bárbaramente su pureza hollada.  
Su espíritu batiendo  
de la oración las impalpables alas  
se eleva al cielo y dice:  
—¡Oh Virgen del Consuelo sacrosanta!  
tú, pura entre las puras,  
libra mi cuerpo de lasciva mancha  
y á ti será mi virginal pureza  
por siempre consagrada.—  
Mira, y se encuentra sola  
en la lujosa estancia;  
de rodillas y en cruz vuelve á su ruego,  
cuando una hermosa dama  
á ella llega y le dice:  
—Ya es hora de que partas;  
sigueme que te esperan.—  
Levantóse, temblando, la cristiana  
y de aquella mujer, que parecía  
morisca por su traje y por su cara,  
siguió, muda, los pasos,  
admirando la gracia

con que á su cuerpo se plegaba el traje  
de transparentes gasas.  
En pos una de otra  
atravesan las puertas del Alcázar  
y siguen luego juntas  
una calle pendiente y solitaria,  
hasta dar en la torre  
que al recinto da entrada.  
Rendida al sueño encuentran  
la numerosa guardia;  
sin ser vistas descenden hasta el valle;  
la matrona se para  
y á la cristiana dice: —Ya estás libre;  
mira á la luz que reverbera el alba  
por el blanco camino  
que de la sierra baja,  
cómo hacia aquí se acerca  
un escuadrón de lanzas;  
es del tercer Fernando  
la temida vanguardia:  
corre á su encuentro, pero no me olvides,  
que mi dulce consuelo nunca falta  
á las almas piadosas  
que de veras me llaman.—  
Despareció la dama como niebla  
que el aire manso arrastra  
y retornó la joven  
pura y libre á su casa.  
Conocido el milagro de la Virgen,  
cuando al moro la villa fué tomada  
bajo del arco que pasar la viera  
el lienzo se fijó que la retrata,

y aun parece que brotan de sus labios  
aquellas sacratísimas palabras  
con que brinda consuelo  
al que humilde la llama.



## *La Cruz de la Roldana.*

### I

Allá, donde al Sur acaban  
en la región cordobesa  
de las feraces campiñas  
las onduladas praderas,

alza su mole rocosa  
 una gigante cadena  
 de montañas azuladas,  
 cuyas atrevidas crestas  
 suben á sacar el rayo  
 del seno de las tormentas.  
 Trepando penosamente  
 por las abruptas laderas  
 sube del valle á la cumbre  
 una pedregosa cuesta,  
 hasta dar en una villa  
 que en escondida meseta,  
 de altivas rocas cercada,  
 perezosa se recuesta  
 como coqueta odalisca  
 que harem misterioso encierra.  
 Del pueblo á corta distancia  
 sobre un risco que bordea  
 el escabroso camino  
 álzase una cruz de piedra,  
 con larga inscripción grabada,  
 que las hazañas recuerda  
 de una mujèr valerosa,  
 de aquel Par de Francia émula,  
 Roldán, por el que llamaron  
*Roldana* también á ella.  
 Más allá, sobre la cumbre  
 de un peñasco que rodean  
 abismos, que al que los mira  
 hacen perder la cabeza,  
 se eleva un fuerte castillo,  
 atalaya y centinela,

donde la graciosa villa  
 tiene segura defensa.  
 Es Luque rica y famosa  
 en historias y leyendas,  
 cuyos valientes caudillos  
 fueron los Egas Venegas,  
 que con Roldanes y Ayalas,  
 Arrebolas y Vaieras,  
 Jurados, Porras y Ortices  
 mantuvieron siempre enhiestas,  
 siglo tras siglo, en la altura  
 de sus invictas almenas,  
 contra el poder mahometano  
 las cruces de sus enseñas.  
 Nació de los Arrebolas  
 una bizarra doncella  
 que inmortal hizo su nombre  
 con sus inclitas proezas,  
 probando, heroica, que en Luque,  
 según las historias cuentan,  
 al valor de los varones  
 no van en zaga las hembras.

## II

Aún no mediaba su curso  
 el siglo décimotercio  
 cuando las gloriosas armas  
 del Rey Fernando Tercero,

después de ganar á Córdoba,  
 de triunfo en triunfo corrieron  
 desde la margen del Betis  
 hasta los riscos luqueños.  
 La Cruz extendió sus brazos  
 sobre castillos y pueblos  
 que bajo el poder musulme  
 cinco centurias gimieron.  
 Cabra, Porcuna, Baena,  
 Morón, Aguilar, Zuheros,  
 Osuna, Lucena, Rute,  
 Castro, Luque y Hornachuelos,  
 se despertaron cristianas  
 si moriscas se durmieron.  
 Tanta gloria y tal fortuna,  
 si á los cristianos dió alientos,  
 el odio y sed de venganza  
 desbordó en los agarenos,  
 que no bien de sus derrotas  
 se contemplaron rehechos,  
 sobre los pueblos llorados,  
 do sus hogares perdieron,  
 tornaron, con nuevos bríos,  
 y aunque no siempre su esfuerzo  
 logró rendir la bravura  
 de los alcaldes fronteros,  
 alguna vez dió la suerte  
 á sus empresas el éxito.  
 Tocó á Luque tal desdicha  
 y al yugo musulmán vuelto,  
 aún resistió por un siglo  
 en su inexpugnable asiento

de los valientes cristianos  
 los reiterados asedios.  
 Amaneció, al fin, un día  
 en que con lucido ejército  
 fué sobre la villa heroica  
 el Rey Alfonso el Onceno,  
 y entre la brava cohorte  
 de cristianos caballeros  
 que al buen Monarca seguían  
 á la batalla dispuestos,  
 marchaba una rica hembra,  
 un bravo potro rigiendo,  
 empuñando fuerte lanza,  
 y sobre la espalda suelto,  
 escapándose del casco,  
 flotante y rubio el cabello.  
 Era Isabel de Arrebola,  
 cuyo valor y desnudo  
 en cien reñidos combates  
 fué de varones ejemplo.  
 Con un Capitán casada  
 prefirió siempre al sosiego  
 del hogar, la pesadumbre  
 de los marciales arreos,  
 y en las peligrosas luchas  
 unida á su esposo y dueño  
 morir, si el caso llegaba,  
 á su lado combatiendo.  
 Rivalizó la *Roldana*  
 con los más bravos guerreros  
 en el asalto furioso  
 de aquel castillo soberbio,

hasta lograr su rescate,  
 de sangre á subido precio.  
 Quiso el magnánimo Alfonso  
 poner tal joya á cubierto  
 de ataques de la morisma,  
 y mejorando sus medios  
 de defensa, guarnecióla  
 de numerosos arqueros,  
 con caudillos que juraron  
 defenderla como buenos,  
 y á los que colmó el Monarca  
 de dones y privilegios.  
 Quedó la *Roldana* en Luque  
 con su esposo, y allí término,  
 con la corona del mártir,  
 puso á su inclitos hechos.

### III

Negaba ya sus fulgores  
 á los escondidos valles  
 el sol, corriendo á Occidente,  
 en una apacible tarde  
 de la alegre primavera,  
 de esas cuyo influjo hace  
 llegar á nuestros sentidos  
 con fuerza más penetrante  
 los aromas de las flores,  
 la música de las aves,

los murmullos de las fuentes  
 y los rumores del aire,  
 cuando, dejando de Luque  
 los seguros baluartes,  
 un grupo de caballeros  
 salió alegre á solazarse  
 por las amenas orillas  
 de floridos olivares,  
 hasta llegar á una fuente  
 que á corta distancia nace.  
 Isabel iba con ellos,  
 sin que ninguno pensase  
 en peligros, cosa propia  
 de mujeres y cobardes.  
 Sentáronse descuidados  
 á la cristalina margen  
 de la fuente, cuando atónitos,  
 vieron que en rápido avance  
 se les acercaba un grupo  
 de osados jinetes árabes.  
 Embargó el peligro en ellos  
 todo generoso arranque  
 y huyendo cobardemente,  
 sin esperar nadie á nadie,  
 perseguidos de los moros  
 que les iban al alcance,  
 lograron los caballeros  
 llegar á Luque y salvarse.  
 Cansada, Isabel, y sola,  
 impedida de su traje,  
 se ocultó tras unas peñas:  
 pasó la taifa adelante

sin verla, y ya se creía  
 salvada, cuando el herraje  
 de un caballo, le dió aviso  
 de que los riesgos del lance  
 aún duraban para ella,  
 y á poco, miró acercarse  
 al sitio donde se hallaba,  
 un moro de mal talante  
 que, al verla, refrenó al bruto  
 y desnudando el alfanje,  
 de dos tajos, ambos pechos,  
 entre torrentes de sangre,  
 cortó á la infeliz cristiana  
 con ferocidad salvaje.  
 Intentó, de un tercer golpe,  
 el noble cuello segarle,  
 y ella, burlandó el intento,  
 saltó ligera, y ganándole  
 la lanza, la hundió con furia  
 en el pecho del alarbe,  
 que, como de un rayo herido,  
 á sus pies rodó cadáver.  
 Tomó la rienda al caballo  
 y caminó, desangrándose,  
 hasta llegar al castillo  
 donde entró, ya vacilante,  
 y á poco, cayendo en tierra,  
 libre de su humana cárcel,  
 á las regiones empireas  
 voló el alma de la mártir.  
 Así murió la *Roldana*;  
 y la tradición añade,

que los menguados amigos  
 que en el peligroso trance  
 la abandonaron, sintieron,  
 de por vida, las tenaces  
 garras del remordimiento  
 en su conciencia clavarse.  
 La historia dice sus nombres;  
 mas, bueno será callarles,  
 que á castigar tales hechos  
 es el silencio bastante (7).

